

Los riesgos de la lectura

Leer es un riesgo. Leer, querer leer y saber leer son costumbres cada vez menos garantizadas. Leer libros no es algo natural y necesario como caminar, comer, hablar o usar los cinco sentidos. No es una actividad vital, ni en el plano fisiológico ni en el social. Viene después, implica una atención especialmente consciente y voluntaria hacia uno mismo. Leer literatura, filosofía y ciencia, si no se hace por trabajo, es un lujo, una pasión noble o ligeramente perversa, un vicio que la sociedad no censura. Es tanto un placer como un propósito de mejora. Requiere cierto grado y capacidad de introversión y concentración. Es una forma de salirse de uno mismo y del ambiente que nos rodea, pero también es un medio para conocerse mejor, para ser más conscientes de nuestro orden y desorden mental.

La lectura es todo esto y quién sabe cuántas cosas más. Sin embargo, constituye apenas uno de los medios a través de los cuales nos abstraemos y nos concentramos,

reflexionamos sobre lo que nos pasa, adquirimos conocimientos y nos procuramos sosiego y distancia. Además, el acto de la lectura ha gozado en sí mismo de un prestigio extraordinario, de un aura especial a lo largo de los siglos, desde que existe la escritura. Durante mucho tiempo y de forma repetida, por motivos distintos que podían ser económicos, religiosos, intelectuales, políticos, estéticos y morales, la lectura de ciertos textos tuvo algo de ritual. Los textos que se pasaban de mano en mano, como los libros sagrados, los códigos de leyes y las obras literarias, se conservaban y se legaban escrupulosamente para poder ser usados de nuevo. La sociedad occidental moderna transformó y reinventó, en cierta medida, los motivos y los tipos de lectura. Sin embargo, en las últimas décadas el acto de leer, su valor reconocido, su calidad y hasta sus condiciones materiales y técnicas, parecen estar amenazadas. Habló de ello Italo Calvino medio en broma, pero sinceramente preocupado, en el íncipit de una de sus últimas novelas:

Estás a punto de comenzar a leer la nueva novela *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino. Relájate. Concéntrate. Aleja de ti todo pensamiento. Deja que el mundo que te rodea se difumine en lo indistinto. La puerta es mejor cerrarla; tras ella siempre está la televisión encendida. Díselo ya a todo el mundo: «¡No, no quiero ver la tele!». Levanta la voz si no te oyen: «¡Estoy leyendo! ¡No quiero que moleste nadie!». Quizá no te hayan oído, con todo ese jaleo; dilo más fuerte, grita [...].

Se trata de los riesgos que corre la lectura. Después están los riesgos que corren quienes leen, sobre todo los que

leen literatura, filosofía e historia, en especial la que se ha escrito en Europa y América en los dos últimos siglos. Desde que existe eso que llamamos Modernidad —es decir, la cultura de la independencia individual, del pensamiento crítico, de la libertad de conciencia, de la igualdad y de la justicia social, de la organización y de la productividad, así como de su rechazo político y utópico—, desde entonces leer supone correr riesgos. Es un acto social y culturalmente ambiguo: permite e incrementa la socialización de los individuos, pero, por otra parte, pone en riesgo la voluntad individual de entrar en la red de los vínculos sociales renunciando a una cuota de tu propia autonomía y singularidad.

Sociedad e individuo, autonomía personal y bienestar público, son dos fines no siempre compatibles, en ocasiones antagónicos, entre los que se debate nuestra cultura. No podemos evitar mostrarnos de acuerdo con la necesidad de igualdad y de singularidad. Sin embargo, cuando vivimos nuestra cotidianeidad personal y cuando reflexionamos sobre política y elegimos a nuestros gobiernos, este doble beneplácito crea un conflicto entre deseos y deberes.

Con todo, también resulta arriesgada la lectura de los clásicos premodernos, es decir, de Montaigne, Cervantes o Shakespeare, que reinventaron géneros literarios fundamentales como el ensayo, la épica y el teatro. Los problemas y los valores que caracterizan la modernidad occidental, como la libertad, la creatividad, la revuelta y la angustia, se manifiestan con claridad sobre todo a principios del siglo XVII, y crecerán hasta barrer y destruir la tradición precedente grecolatina y medieval. Un lector

atento y libre comentarista de clásicos antiguos como Montaigne se declaraba, con una sinceridad tal vez exagerada, hombre sin memoria. Cervantes elogiaba y mostraba la imposibilidad del heroísmo antiguo, que se había vuelto enemigo de la realidad y del sentido común, una locura libresca. Shakespeare atenuó y reformuló la distinción entre cómico y trágico, alto y bajo, rey y bufón, príncipe y enterrador, heroísmo y hastío melancólico.

No por ello se dejó de leer a los clásicos antiguos: solo que la literatura moderna dejó de imitarlos, como había sucedido entre los humanistas y los sabios neoantiguos en los siglos xv y xvi. En la posmoderna *New Age* (una variante de la posmodernidad), lo neoantiguo regresó, por iniciativa de Nietzsche, en tanto que polémicamente «inactual». Por lo tanto, leer a los antiguos también puede volver a comportar riesgos, al menos cuando no es mera erudición y arqueología. Si es verdad que para leer, comprender e interesarse por un autor hace falta *Einfühlung*, identificación, aunque se trate de Parménides o de Virgilio, también es cierto que sentirse contemporáneo de los sabios presocráticos o de un clásico latino puede inducir cierta dosis de locura anacrónica: al menos en Occidente, cuya historia ha llevado a impulsar e idolatrar la idea de Historia como Progreso y Revolución, como superación incesante de condiciones precedentes e interrupción periódica de la continuidad.

No estamos en India, donde muchos aspectos de la tradición se han mantenido durante tanto tiempo como para haber impedido e incluso haber vuelto irrelevante la datación precisa de algunas obras clásicas. Nosotros estamos espoleados, obsesionados e intoxicados por la idea

de Historia y por el afán por superar, demoler, desban-
car y declarar obsoleto el pasado. Leer lo que nos dice
ese pasado se ha convertido, por tanto, en una actividad
exclusiva para historiadores y filólogos: se estudia para
mantenerlo a distancia, no para ser leído con identifi-
cación. Algunos neometafísicos de los siglos xx y xxi,
al restaurar la continuidad interrumpida por nuestra his-
toria social, se exponen al artificio, a declamar verdades
antiguas con trajes antiguos, actualizando categorías as-
céticas y místicas de las que, en la actualidad, apenas se
consigue tener una idea, en ausencia de prácticas y de
experiencias adecuadas.

El primer riesgo para el lector, el más antiguo y de los
más graves, es el de convertirse y querer convertirse en
escritor; o también, y peor aún, en crítico. Me limito a
recordar una obviedad fundamental: los libros son conta-
giosos. Pero para sufrir el contagio hace faltar leerlos con
pasión y, digámoslo también así, con cierta predisposición
ingenua. Sin ser Don Quijote ni Emma Bovary, llevados
por el mal camino debido al heroísmo caballeresco o al
amor romántico, todo lector apasionado (no solo de no-
velas) hace que sus lecturas predilectas formen parte de
la construcción de su identidad. La lectura permite esta-
blecer vías de comunicación entre el yo profundo —con
su caos— y el yo social que debe enfrentarse a las normas
del mundo.

Entre las lecturas más arriesgadas se encuentran aquellas
cuyo contagio sugiere o impone cambiar de vida, escapar
del mundo o transformar radicalmente la sociedad. Quien
haya sido (o continúe siendo) cristiano o marxista sabe bien

de lo que hablo: el Nuevo Testamento y las obras de Marx y Engels no absuelven a quienes, después de haberlos leído, siguen siendo como antes. No se trata meramente de libros: son tribunales que nos juzgan a todos y cada uno de nosotros, fundando leyes y objetivos metafísicos, históricos, morales y utópicos. El acercamiento blasfemo, un poco obvio y también contradictorio, entre los evangelios y Marx, permite entender que se den analogías entre lecturas de hace veinte siglos y lecturas más recientes.

El valor que una comunidad y una sociedad atribuye a la elección de ciertos textos, al modo de leerlos y de responder a la lectura, convierte algunas obras en un objeto intocable, libre de la crítica y de la discusión. El hecho mismo de poder convertirse en «marxista» acto seguido de leer a Marx prueba que el autor y su obra se vuelven una fuente de certezas indiscutibles, cuando no de auténticos dogmas impuestos y defendidos con el chantaje, las amenazas y la coerción. En el caso de este tipo de lecturas, el riesgo reside en que estar de acuerdo o en desacuerdo, mostrar aceptación o rechazo, exponen al lector a condenas y represalias, tanto intelectuales como sociales y políticas. Todo esto ha sucedido.

Sin llegar a los casos límite, también nuestras modernas culturas secularizadas, desacralizadas y desacralizadoras atribuyen a una serie de libros un valor que, al menos durante un periodo de tiempo, los consagra. Discutirlos, criticarlos, rechazarlos, disminuir y limitar su valor se interpreta, en consecuencia, como un desafío a la *communis opinio*, a la racionalidad, a la inteligencia, a la modernidad, al progreso, a la corrección moral o política. De manera más o menos explícita, toda época tiene su canon.

En ocasiones, junto a cánones y subcánones alternativos. En el siglo xx hemos tenido el canon de Benedetto Croce y el canon de Franco Contini, el de Georg Lukács, el de T. S. Eliot y el de André Breton. Todos los críticos más reconocidos han sido, al menos de forma parcial, canónicos y canonizadores, cada uno con su criterio de elección: Leo Spitzer (desviación de la norma lingüística), Erich Auerbach (división o mezcla de estilos en la representación de la realidad), Víktor Shklovski (modos del extrañamiento), Mijaíl Bajtín (polifonía y dialogismo), Walter Benjamin (alegoría y utopía), etc.

Convertirse en escritor o en crítico literario después de haber leído a uno o más autores, quiere decir, en el primer caso, imitar, desafiar, retomar, tratar de superar un modelo o decidir derribar un ídolo; en el segundo, quiere decir transformarse de lector en superlector, lector al cuadrado, lector que escribe sobre lo que ha leído, que intensifica el acto de leer elaborando métodos para leer mejor o para extraer el máximo provecho científico, moral e ideológico de la lectura.

El crítico, en tanto que lector especial, hiperlector, lector creativo, lector-estudioso, lector-juez, lector-pedagogo o lector-filósofo, puede tender a ponerse al servicio del texto (el filólogo en sentido riguroso y lato), poner el texto al servicio de su propia autobiografía más o menos explícita (el libre comentarista e intérprete que actualiza y «trae al presente» el texto para arrojar luz sobre su condición), o poner el texto al servicio de alguna teoría y ciencia de la literatura. En otras palabras, se trata de modalidades de lectura que en el último medio siglo se han alternado entrando en conflicto y polémica.

El proyecto estructuralista y semiológico, al integrar métodos de análisis textual y una teoría general de la literatura, produjo, sobre todo, un riesgo: el de evitar a la lectura sus riesgos, poniendo al lector a salvo, más allá o más acá de sus reacciones subjetivas. Los libros, autores y obras se consideraban únicamente en tanto que objetos textuales que analizar. Las variantes empíricas, circunstanciales y subjetivas del acto de la lectura eran eliminadas. Leer se consideraba un acto culturalmente digno y correcto solo si los procedimientos de análisis estaban fijados *a priori* como deontológicamente dignos y científicamente correctos. El profesional de la lectura se presentaba como la superación y la trascendencia del lector empírico.

El acto de leer quedaba saneado, desinfectado de las bacterias de la eventualidad y de las interferencias de la subjetividad *amateur* del lector. La ciencia (una cientificidad la mayoría de las veces mal entendida, tomada del modelo de las ciencias exactas), desterraba la psicología, la ética, la política y la reflexión filosófica. El modelo estructuralista-semiológico difundió en un tono triunfalista y progresista el mensaje de que la gran tradición de la crítica moderna —impura, moralista, impresionista, ideológica y precientífica— había quedado superada. Parecía una interrupción definitiva de la continuidad con el pasado reciente. Se utilizaba la *Poética* de Aristóteles y los tratados de retórica como antídotos contra los clásicos de la crítica desde mediados del siglo XVIII hasta la mitad del XX. Los métodos de análisis y la teoría de la literatura parecían volver inútil una empresa cultural que iba desde Schiller, Coleridge y Baudelaire hasta T. S. Eliot, Leavis, Edmund Wilson o Adorno, desde De Sanctis hasta

Gramsci y Debenedetti, en la cual la literatura se había leído en relación a la sociedad y a los valores que orientaban la crítica social.

A pesar del triunfalismo pasajero, este paréntesis no duró mucho. El modelo analítico-teórico y neorretórico entró en crisis debido al modelo hermenéutico y a la aparición de una teoría de la recepción. La hermenéutica, como la retórica, no era una especialidad moderna, hundía sus raíces en Platón, en Aristóteles y, más adelante, sobre todo en la interpretación medieval de los distintos niveles de significado de las sagradas escrituras. En el siglo xx la idea de hermenéutica, desde Dilthey y Heidegger hasta Gadamer y Ricoeur, se explicó como una relación dialógica con ese «interlocutor mudo» que era el texto, a partir de un lector e intérprete cuya existencia o *Dasein* establece *a priori* las condiciones de la interrogación y la comprensión del texto.

El texto dejaba de ser, por ello, un dato: pasaba a considerarse una relación entre los polos de un proceso que tenía al otro lado al lector. Para un teórico de la recepción como Wolfgang Iser (*El acto de leer*) lo más importante era la forma en que se lleva a cabo la comprensión por parte del lector, dado que el texto emite significado únicamente en la práctica de la lectura, que naturalmente no siempre es igual a sí misma.

Las novedades introducidas por la hermenéutica y por la teoría de la recepción parecen obviedades: pero a menudo así son las cosas cuando se teoriza. ¿Qué es la hermenéutica sino la versión filosófica de todo lo que ha venido haciendo la crítica literaria desde que existe? ¿Y qué es la crítica literaria sino crítica orientada hacia el

presente y por las exigencias del presente, es decir, crítica implicada, globalmente responsable y, según nuestra terminología un poco bélica, «militante¹»? Es en este sentido como la crítica debe diferenciarse del estudio literario de tipo académico y vincularse a la crítica de la cultura y, en última instancia, a la crítica de la sociedad.

Sobre este último punto nos puede echar una mano con su práctico sentido común T. S. Eliot, cuando se preguntaba cuáles eran «las fronteras de la crítica»: es decir, cuándo la crítica literaria dejaba de ser literaria (utilizando la literatura para comprender otras cosas) y cuándo, en el otro extremo, dejaba de ser crítica (esto es, de emitir juicios). Mientras que en la hermenéutica, con la noción y el término de *Dasein*, se indican las premisas de la situación y de la praxis interpretativa, en la crítica literaria se procede, por el contrario, exponiendo toda premisa circunstancial a los significados específicos que intervienen en la experiencia de la lectura.

Los riesgos de la lectura se derivan de un proceso interpretativo en curso, no se tematizan filosóficamente, sino que se despliegan en la dialéctica discursiva y ensayística de un relato crítico. La crítica no se limita al texto y sus estructuras, ni al lector y sus reacciones, ni a la intención del autor. Sería muy difícil encontrar entre los clásicos de la crítica moderna uno que se detenga en el

1 En Italia fue muy común la denominación «crítica militante» para la crítica literaria y cultural contrapuesta a la crítica académica. Mientras que esta última trataba temáticas y autores del pasado, la militante se ocupaba de escritores y obras contemporáneas, participando en debates y polémicas. En las últimas décadas la distinción ha desaparecido progresivamente, mientras que en España el uso de esa etiqueta ha sido minoritario. [Esta y las demás notas son del traductor]

texto, o en sus reacciones como lector, o en la sola intención del autor. La crítica literaria es una estética en acto, no en teoría, la única estética empírica y plural, y quizá la única que cuenta.

Los intentos de definir la literatura en general, buscando fórmulas válidas para el curso completo de la historia y para todos los géneros, no han dado frutos duraderos, ni siquiera cuando ciertas teorías y definiciones han tenido éxito, empujando a la crítica hacia el uso de tautologías tranquilizadoras: la poesía es intuición lírica, se denomina poesía cuando domina la función poética del lenguaje, la esencia de la literatura es la literariedad, etc. Estas fórmulas no incrementan, sino que empobrecen y paralizan, el ejercicio de la crítica. Y, en ciertas categorías profesionales de especialistas, convierten la lectura en un acto pre-determinado, preconcebido, metodológicamente correcto, practicable y replicable sin riesgo alguno.

Como todo el mundo sabe, y como han señalado también los historiadores de la lectura, uno de los primeros lectores «sin método» fue, no por casualidad, Michel de Montaigne, el inventor del ensayo moderno, informal y personal. Antes que él, en el Renacimiento los lectores cultos leían mientras rellenaban «cuadernos de lugares comunes» en los que recogían citas, observaciones y pasajes leídos. Se trataba de un instrumento que sustituía a la mnemotécnica. Como escribieron Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Montaigne se negaba a copiar y a compilar: «No anotaba los libros que leía para obtener de ellos extractos y citas [...] En la composición de los *Essais* no empleaba repertorios de lugares comunes, sino que creaba con libertad, sin recurrir a recuerdos de lecturas y sin

interrumpir la concatenación de pensamientos con referencias literarias».

Es verdad que Montaigne no era un crítico literario. Pero sus ensayos nos muestran a un hombre que, a partir de sus lecturas, reflexiona sobre sí mismo y sobre el género humano. Como lector, y no como estudioso de textos, representa un momento imprescindible de la actividad crítica. Para ser un hiperlector, el crítico debe, asimismo, continuar siendo un simple lector, un lector sin defensas, sin pinzas, tijeras ni bisturí, un lector receptivo que acepte los riesgos de la lectura, que suspenda la incredulidad y crea, al menos mientras lee, en aquello que lee.

El lector de libros puede llevar un diario de lecturas, y puede suceder que escriba, como Henry Miller, una autobiografía, *Los libros en mi vida*, que «trata de libros en tanto que experiencia vital», y cuyas conclusiones son que «habría que leer cada vez menos, y no cada vez más», y que «aun no habiendo leído como un estudioso, tengo la sensación de haber leído al menos cien veces más de cuanto debería haber leído por mi propio bien». Lo fundamental para un tipo como Henry Miller era, por supuesto, escribir, pero sobre todo vivir. Estaba totalmente convencido de que las personas incultas «no son desde luego los menos inteligentes de nosotros». Sin embargo, inteligentes o, como dice Miller, «revolucionarios —esto es, inspirados e inspiradores», deben ser los libros. Porque un riesgo de la lectura, en realidad el riesgo más frecuente, es leer ese tipo de libros que habría sido mejor no leer, o que habría sido mejor que no hubieran sido escritos y publicados. El libro *per se* no es un valor. Lo es únicamente si vale la pena. Y en el caso actual de sobreproducción

de libros, los peores enemigos de los libros que merece la pena leer son los innumerables libros que los sepultan, y de los que tratamos de defendernos.

Uno de los críticos más interesados en los diferentes riesgos de la lectura ha sido George Steiner. «Leer bien», escribió, «significa correr grandes riesgos. Significa volver vulnerable nuestra identidad, nuestro autocontrol [...] Quien haya leído *La metamorfosis* de Kafka y sea capaz de mirarse en el espejo sin arredrarse, quizá sea capaz, técnicamente, de leer los caracteres impresos, pero es analfabeto en el único sentido que realmente importa».

Para Steiner, «leer bien» no es un hecho técnico en el sentido de los métodos de análisis y de interpretación. Es una cualidad de la experiencia. En el ensayo *El lector infrecuente* (en *Pasión intacta*) Steiner muestra cierta nostalgia por los rituales de la lectura y por el libro como objeto de culto e instrumento de autoformación humanista: «Leer bien significa responder al texto, implica una responsabilidad que sea también respuesta, reacción». Pasar por alto las erratas sin corregirlas constituye ya un pecado de omisión y desconsideración, «una blasfemia contra el espíritu y la lectura». Es a partir de esta ética apasionada de la lectura desde donde nacen la filología y la crítica.

Desde posiciones análogas, aunque con puntos de vista diferentes, nacen las polémicas de Susan Sontag y de H. M. Enzensberger. En *Contra la interpretación*, Sontag defiende la lectura como una percepción intensificada, contra la manía de interpretar excavando bajo la superficie de obras literarias y artísticas. Enzensberger defiende a ultranza, contra la lectura correcta e ideal, las lecturas reales, aunque sean defectuosas, parciales, utilitaristas,

hedonistas o experimentales, en tanto que actos individuales irreductiblemente anárquicos y particulares.

En la lectura los riesgos están por doquier. En ocasiones los corre el texto, y en otras los corre el lector. Otras veces también los corre el autor: algo que sucede cuando, por ejemplo, sus poemas, tal y como lamenta Enzensberger, se utilizan en la escuela para torturar a los estudiantes, obligados a dar con la interpretación adecuada, hasta hacer que, de entonces en adelante, sientan náuseas tanto de esa cosa incomprensible y aburrida llamada poesía, como de esos individuos a evitar que son los poetas.

Por lo que a mí respecta, corrí mi propio riesgo leyendo a mis estudiantes de la Universidad de Venecia un fragmento del diario de Kierkegaard que empezaba con esta frase: «Yo amo al hombre común, pero los docentes me causan aversión». ¿Sentía aversión por mí mismo? Me había metido en un lío. Por lo tanto: ¿Kierkegaard o la universidad? O una cosa o la otra. Sin pensármelo mucho, dos años después elegí a Kierkegaard y abandoné la enseñanza.